

LAS ADVERTENCIAS POLITICAS DE BARCELONA A FELIPE V EN LAS DECORACIONES EFIMERAS DE SU ENTRADA TRIUNFAL

por

FEDERICO REVILLA

De un tiempo a esta parte se advierte un creciente interés hacia las entradas solemnes de personajes en diversas ciudades, celebración frecuente en Europa durante el amplio espacio de tiempo que cubre los siglos xv-xviii. Se han señalado sus muchos rasgos comunes, por autores como Marcello Fagiolo, Vincenzo Cazzato, Giordano Conti, Amedeo Belluzzi y Maria Luisa Madonna¹, así como Annamaria Petrioli Tofani², pero también resulta que sus estudios respectivos ponen de manifiesto el margen para la peculiaridad en cada una de las entradas. Para quienes llevamos diez años trabajando sobre el tema, este apogeo del mismo es doblemente satisfactorio. Vamos a aportar aquí detalles sobre la simbología y la lectura política de ésta en un caso cuya especificidad lo hace particularmente interesante. En efecto, por debajo de los contenidos habituales laudatorios, cuando no aduladores, descubrimos unas advertencias políticas tan sutilmente embozadas que acaso no hubieran sido reconocibles por el historiador si los acontecimientos posteriores no las hubiesen confirmado dramáticamente.

El acontecimiento que les dio lugar fue la entrada y bodas en Barcelona, en 1701, del rey Felipe V. Para dicho acontecimiento se organizaron una serie de festejos, que por su número y la variedad de sus montajes efímeros constituyen uno de los conjuntos más complejos que hemos tenido ocasión de analizar. Hay ocasión, por tanto, para que entre la más tupida faramalla ponderatoria se deslicen aquellas advertencias que, a nuestro entender, son el

¹ Cf. Especialmente los capítulos de los autores mencionados en el volumen dirigido por Marcello FAGIOLO: *La città effimera e l'universo artificiale del giardino*, Officina Edizioni, Roma, 1980.

² Cf. Annamaria PETRIOLI TOFANI: *Les entrades triomfals*, en «El poder i l'espai L'escena del príncep», p. 219 ss. Diputacions de Barcelona, Madrid, Sevilla y Valencia. Barcelona, 1983. Debe advertirse que la edición catalana de este catálogo, por lo demás tan sugerente, está plagada de errores.

fondo último intencional de algunas de las mentes responsables de la ciudad en aquel tiempo.

LA OCASIÓN DE LAS CELEBRACIONES.

El rey Felipe V, que había hecho su entrada solemne en Madrid el día 14 de abril de 1701, llegó a Barcelona el 30 de septiembre del mismo año, en su primera visita a esta ciudad y para salir al encuentro de su esposa, María Luisa Gabriela de Saboya, con quien estaba ya casado «por procurador». La reina contaba sólo doce años y Felipe diecisiete. Fue recibido extramuros por los estamentos y dignidades (Universidad, «concellers», etc., en grupos escalonados en cortos trechos) y pasó luego al interior de la ciudad y al palacio, sin aparato, aplazándose la entrada solemne hasta el 2 de octubre, que era domingo.

La recepción de la reina estuvo aderezada por un rasgo novelero, muy del agrado de la época. Hallándose en Figueras —donde se celebraría la ratificación del matrimonio—, el joven rey salió a caballo al paso de la comitiva y sin darse a conocer recorrió una larga distancia conversando con María Luisa Gabriela, al estribo de su carroza. Más tarde, al aparecer ante ella en la ciudad, ya como su esposo, ella comentaría alegremente con la Princesa de los Ursinos «que el rey se parecía mucho al caballero que las venía acompañando en el camino»³.

No hallaremos muchos más atisbos de espontaneidad. El protocolo va a cubrirlo todo. Pero así como disimula los rasgos personales, revela con insistencia la voluntad de exaltación simbólica. Ello se evidencia en las mismas descripciones literarias de las reales personas, indiferentes al toque objetivo a la vez que pródigas en palabrería. Se escribe del monarca que era para los barceloneses «el apreciado Idolo de sus afectos, el Majestuoso Simulacro de su respeto, el bello Adonis de su ternura y el adorado Numen de su veneración»⁴. Más recargada todavía, auténtico «puzzle» de alusiones mitológicas, es la siguiente versión sobre la persona de la reina: «Que al formar cuerpo tan hermoso dio Tetis los pies, Venus las manos, Vesta la cintura, Diana el pecho, Primavera la boca, Palas la lengua, las Musas la voz, Flora la risa,

³ «Relación succincta del feliz arribo a Barcelona de los Serenísimos Don Felipe de Borbón y Doña María Luisa Gabriela de Saboya, monarcas de las Españas, nuestros reyes y señores (que el cielo guarde y prospere) y de sus Reales Bodas», p. 6. Barcelona, 1701.

⁴ «Festivas demostraciones y majestuosos obsequios con que el Muy Illustre y Fidelissimo Consistorio de los Diputados y Oidores del Principado de Cataluña celebró la dicha que llegó a la par con el deseado arribo y feliz himeneo de sus católicos reyes D. Felipe IV de Aragón y V de Castilla, conde de Barcelona, etc., y Doña María Luisa Gabriela de Saboya...», p. 24, Barcelona, 1702.

Céfiro el aliento, Aurora las mejillas, Febo los ojos, Juno las cejas, el Cielo el rostro y Ceres el cabello»⁵. Textos semejantes introducen en el universo figurativo que ambientaría las fiestas.

ASPECTOS DIVERSOS DE LAS CELEBRACIONES.

Además de la entrada propiamente dicha, que es el motivo central de las celebraciones, la ciudad de Barcelona montó un bosque simulado para la caza del rey, ofreció una cabalgata con lo sucesiva a cargo de la Universidad y organizó igualmente una procesión —con gran profusión de altares efímeros y ornamentaciones— para la traslación a su sepulcro definitivo de los restos de Sant Olaguer, un concurso de jeroglíficos con este motivo⁶, un torneo en la Sala Real de los Pleitos, un espectáculo popular ofrecido por las Cofradías y una momería a cargo de la nobleza. Solamente los dos últimos festejos mencionados carecieron, al parecer, de elementos claramente simbólicos estudiables. Los restantes contuvieron una gran riqueza de los mismos.

Precisamente, en el contexto de rendido obsequio a los soberanos que se patentiza en las empresas elegidas por los caballeros para el torneo celebrado ante ellos, detectamos dos de ellas extrañamente disonantes: no sólo evitan elogiarles o hacer gala de su amor o su lealtad —como los restantes participantes—, sino que se refugian en una ambigüedad casi provocativa. En una ocasión en que todos se entregaban a lisonjear a los reyes, he aquí que dos caballeros eluden hacerlo, con una gallardía que se nos antoja desafiante. Don Miguel Pons de Mendocça se presentó con la que consideramos versión más simple: su empresa era un mar y su mote «Nada». Por su parte, don José de Clariana y Gualbes exhibió como empresa un pescador de caña a la orilla del mar, con el mote: «Aun con esperanza nada». Idea emparentada con la anterior, si bien más elaborada.

Ciertamente, la actitud de ambos caballeros podría justificarse invocando su gusto hacia lo esotérico o lo intrigante. Pero tal vez pueda percibirse en ella una reserva frente al rey y a la nueva dinastía, presagio de los subsiguientes acontecimientos políticos en Cataluña. Como quiera, nadie lo interpretó así. Que su sibilina inventiva no fue tomada a mal se demuestra por el hecho de que precisamente uno de ellos, don José de Clariana y Gualbes,

⁵ «Relación succinta...», p. 8.

⁶ Tanto en las decoraciones para la procesión como en estos jeroglíficos, es casi continua la imbricación de lo religioso y lo monárquico. Así lo determinaba la propia elección de esta coyuntura (entrada del rey) para una celebración que, de suyo, debía haber sido estrictamente devota (la traslación de unos restos sagrados). En la práctica, el componente religioso representado por ésta queda subordinado a unos objetivos de propaganda y magnificación monárquicas.

fue distinguido en el torneo con el premio a «la mejor espada»⁷. No obstante, la perplejidad con que debió acogerse una y otra empresa ha quedado muy bien reflejada en el comentario, no exento de un punto de frustración, a cargo del relator de las fiestas, que tras una exégesis muy segura de todas las demás empresas ha de confesar su desorientación, especialmente ante la de don Miguel Pons, reputándola poco apropiada a la ocasión...⁸. «Más parece comento de un Diógenes...», observa.

LOS ARCOS Y GRANDES MONUMENTOS EFÍMEROS.

Este es el capítulo más brillante de la celebración o, en todo caso, el que naturalmente depara un elenco simbólico más rico. No solamente se alzaron monumentos efímeros, sino que se adornó con galas o aditamentos ocasionales algunos monumentos permanentes: así, la pirámide de la Plaza del Angel, decorada por la Cofradía de los Sastres con representaciones de Virtudes: a saber, la Fe, la Justicia, la Caridad y la Esperanza⁹.

Para nuestros efectos aquí, la más sugestiva es la ornamentación efímera de la pirámide de la Plaza del Padró. Es un monumento que se conserva hoy en su lugar y corresponde al ciclo barcelonés de Santa Eulalia: una imagen de esta santa lo remata. La decoración fue obra del Gremio de los Plateros. Y este protagonismo gremial es un dato que conviene tener en cuenta a la hora de una valoración de su significado. Si antes hemos recogido una reserva, preñada acaso de desconfianza, por dos miembros de la nobleza, ahora vamos a hallar unas admoniciones al rey emitidas en clave simbólica por un colectivo de artífices.

La pirámide de la Plaza del Padró fue recubierta de una simulación de oro y follajes. Las representaciones figuraban en sendas tarjas colocadas en las cuatro caras del monumento, en varios niveles. Las del inferior correspondían a escenas de la historia de Cataluña, en su versión legendaria: el Conde de Barcelona venciendo al dragón; la creación del escudo de las cuatro barras por Carlos el Calvo, mojando sus dedos en la sangre del Conde Guifré; la defensa de la emperatriz por el Conde de Barcelona, haciendo confesar la verdad a sus calumniadores; y la defensa de la iglesia de San Juan de Letrán por siete catalanes durante el saco de Roma¹⁰. Cada pintura iba acompañada, en una tarja menor, de su aclaración en verso.

En el registro inmediato, segundo en altura, la tarja ubicada en el frente

⁷ «Festivas demostraciones...», p. 330.

⁸ *Ibid.*, p. 314-315.

⁹ *Ibid.*, p. 64.

¹⁰ *Ibid.*, p. 27-28.

preferente mostraba un retrato del rey; siendo las otras tres los de santos catalanes, a saber: San Dámaso, San Severo y San Olegario (Olaguer). Con ello se exaltaba al soberano a un nivel parigual a los santos. Se continuaba dicha jerarquía en el siguiente registro, tercero en altura, donde alternaban santos y santas catalanes: San Fileto y San Paciano, Santa Madrona y Santa María de Cervelló (llamada generalmente María del Socós). Finalmente, el registro cuarto exhibía «cuatro martirios de los catorce que padeció» la patrona de la ciudad Santa Eulalia. «De todos los lados de todas estas tarjas, con proporcionada igualdad y correspondencia, volaban unos ramos de laurel, olivo y palma plateados, que sobre hermohear mucho la composición, el designio era significar los triunfos y victorias que prometía la santa a nuestro católico monarca»¹¹. Otras cuatro tarjas ostentaban las armas del Gremio de los Plateros.

Se advierte que éstos habían pretendido desarrollar algunos de los principales motivos de gloria en la historia catalana: subordinando los motivos puramente caballerescos (escenas del registro inferior) a los religiosos (personalidades santas). Sobre éstos descollaba, a su vez, la patrona de la ciudad, en las historias plasmadas ocasionalmente en este conjunto pero también, muy en especial, gracias a la imagen de mármol blanco que coronaba y todavía corona el monumento. Se lograba así una integración de las aportaciones efímeras y la construcción permanente.

Es muy elocuente la inserción del motivo magnificador de Felipe V, que en este contexto es sólo episódica, pero justamente por ello adquiere un sentido propio: por una parte, se presenta al rey en cuanto asimilado a los santos (en su compañía y al mismo nivel que tres de ellos); mas por otra parte la interrelación de todos los motivos del conjunto expresivo y en concreto el nexo entre los niveles primero y segundo manifiestan que la gloria que se augura al rey no será sino *un factor más* que incorporar en un panorama histórico ya cumplidamente glorioso antes de su advenimiento. Su inclusión en dicho panoramà pasó a ser el timbre más preciado: Felipe V recibe aquí su exaltación por la compañía de los más encumbrados protagonistas de la historia catalana. *Viene a sumarse a ellos*: no les aventaja, ni mucho menos les anula.

Valoramos mucho la independencia de juicio que mostraron así los plateros: distinguiéndose de la tónica de acatamiento más bien servil que se plasmaba en muchas otras ornamentaciones.

Una auténtica arquitectura efímera fue costeada por el Gremio de Mercaderes de Lienzos: medía nada menos que 120 palmos de altura y 140 de anchura, comprendiendo los dos ángulos de las grandes torres que flaqueaban

¹¹ Ibid., p. 29.

la puerta de la Bocaria (Boquería). Aquí incumbe poco que tan empeñoso aparato no llegase a completarse, por cuanto conocemos al detalle su plan y su simbolismo. Como testimonio fidedigno sobre semejante género de tinglados, esta es la descripción del cronista contemporáneo: «Daba principio a tan grandiosa obra un recinto o balaustrada de verdes y frescos ramos de murta, que hacían, con el primor que estaban enlazados, un vistoso compuesto. De dentro de este recinto subían, al lado del claro de la misma puerta, continuándose hasta los primeros y segundos ángulos de las dos torres colaterales, tres basas con sus pilastras, con proporcionada distribución, magníficamente adornadas, cuyas fajas eran de luciente óropel, y en su llano artificiosamente pintados con finos colores y perfiles de oro, diferentes trofeos de guerra. Corría sobre estas pilastras, por cada parte, ciñendo igualmente toda la fábrica, una bien dispuesta cornisa con el labor y pintura a proporción de las mismas pilastras; el espacioso campo que quedaba entre ellas era de color verde y lo ocupaban unas cuadros de superior hechura, así en el dibujo como en lo historiado y colorido; tenían de alto 22 palmos y 28 de largo y estaban como pendientes de la misma cornisa»¹².

Estos cuadros presentaban una iconografía tratada como en el caso anterior, es decir, acompañando cada uno con unos versos explicativos. El primero representaba al «conceller» Juan de Fivaller chupando las llagas del rey Fernando I, paciente de una enfermedad contagiosa: ejemplo de devoción heroica al soberano. El segundo evocaba nada menos que una «nekyia» vinculada a la tradición catalana: «la historia de Ramón de Perellós, Vizconde de Perellós y Roda, cuando después de la desgraciada y pronta muerte del Rey don Juan el Primero, deseando con el gran amor que le profesa, tener noticia de la salvación del alma de su Rey y Señor, se dice que fue a Irlanda y allí bajó al Purgatorio (si bien en el modo de bajar hay opiniones), donde vio a su rey, y por este hecho se dice que el amor de los catalanes a sus príncipes pasa más allá de la muerte»¹³.

Continúa la descripción: «Fuera de las mismas pilastras, si bien inmediatamente al lado de ellas, había otro cuadro de la misma hechura y capacidad, que estaba puesto con igual proporción a los demás, terminando los lados de la misma fábrica, que contenía la historia...»¹⁴, tan querida siempre para los catalanes, de la creación del escudo cuatribarrado.

Otra segunda serie, entre las pilastras, exponía al público la entrega por el rey Alfonso al «conceller en cap» de Barcelona, a modo de trofeo, de las puertas de Nápoles; la hazaña de Juan Blanca, en todo análoga a la de Guzmán el Bueno, hasta el detalle de arrojar su propio puñal para que el

¹² Ibid., p. 33-34.

¹³ Ibid., p. 34-35.

¹⁴ Ibid., p. 35.

enemigo diera muerte a su hijo; y nuevamente la defensa de Berenguer III, librando a la emperatriz Matilde de las acusaciones de unos infames.

Hemos encontrado, pues, dos hechos repetidos en ambos montajes celebrativos: lo cual indica el favor de que debían gozar en el siglo XVIII.

Junto a la balaustrada y sobre la cornisa, unas tarjas menores, en número de seis, contenían sendas inscripciones alusivas ya a la entrada de Felipe V en la ciudad. Esta literatura, con tanto riesgo de ser despachada como banal, nos depara sin embargo algunas notas reveladoras. Rezaba la segunda tarja:

«Tots gran Phelip esperàm
axugar, a ta clemencia
las llagrimas Catalunya
anys, ha, plora ab justa queixa»¹⁵.

Y la tercera:

«Considera, ò gran Phelip,
quants ayrons te ta Corona
per Comte de Barcelona»¹⁶.

En la parte frontal de la puerta y precisamente sobre la entrada de ésta la construcción se levantaba más, para culminar en un espléndido dosel: una tarja de gran tamaño contenía la dedicatoria del gremio y sobre ella lucía un cuadro de forma ochavada de 32 palmos de altura por 22 de anchura, con el retrato del rey a caballo, «con traje de soberano Marte». Las patas delanteras del noble bruto estaban levantadas «y con las de atrás pisaba el globo del mundo, que lo tenían dos feroces leones, cada uno por su lado. Al aire de la misma pintura, junto al real retrato, se veían dos ángeles de la guarda vivamente pintados y sobre ellos al mismo aire volaban dos Famas, que con una mano ofrecían dos coronas a Su Majestad, una de laurel y otra de palma; y con la otra mano tenía cada una de ellas su sonora trompa. En medio del aplauso común que manifestaba la pintura en lo duplicado de la Fama, se veía un sol, que con sus copiosos rayos servía como de corona al mismo retrato de Su Majestad»¹⁷. Presentaban guardia al dosel dos estandartes, respectivamente con las imágenes de San Julián, en cuanto patrón del gremio, y la cruz de Santa Eulalia.

En este ambicioso monumento señalamos los siguientes elementos intencionales, por el mismo orden de su enumeración, que debía ser el mismo orden natural de su contemplación:

¹⁵ Ibid., p. 38.

¹⁶ Ibid., p. 39.

¹⁷ Ibid., p. 40.

a) Una nueva exposición en imágenes de las glorias de la historia catalana, referida en este caso principalmente a la virtud de la fidelidad —a menudo heroica— respecto de la monarquía.

b) Unas celebraciones literarias del acontecimiento festejado, entre las que no podemos silenciar el toque reivindicativo (las «lágrimas de Cataluña» y la «justa queja» de ésta, en la segunda tarja del orden correspondiente) ni un aviso acerca de la importancia de Cataluña en la monarquía (tarja tercera). Tanto estos elementos como los anteriores pudieron revestir una intencionalidad informativa para un monarca que llegaba sin saber nada acerca de sus reinos.

c) Una exaltación monárquica, en la persona de Felipe V, según los cánones que se repiten en la época. El bruto hollando el globo terráqueo simboliza señorío universal. La Fama, que es doble, corona de glorias al monarca y tiene por misión proclamarlas. El sol bañándole gloriosamente tiene una vetustísima tradición imperial y, en este momento concreto de la historia, enlaza con la ideología tan querida por Luis XIV, abuelo y patrocinador —además de modelo obsesivo— del joven rey Felipe.

El más ambicioso de todos los montajes efímeros fue el arco levantado por el Muy Ilustre y Fidelísimo Consistorio de los Diputados y Oidores del Principado de Cataluña. Es lógico que esta corporación se propusiera exceder en magnificencia e intención todos los demás monumentos de la ciudad, si bien, de hecho, quedó atrás en tamaño comparado con el de los Mercaderes de Lienzos. «Su altura era de 100 palmos y su latitud de 80. El claro tenía 25 palmos de ancho y 50 de alto. Era su arquitectura de orden compuesto, su hechura sobre lo llano de unidos bastidores, pintada en perspectiva toda la fábrica de imitado lapislázuli; y las estatuas y tarjas de un lustroso bronceado, o fingido bronce, usado ya en los arcos triunfales de la antigua Roma...»¹⁸.

En el plinto del arco se habían pintado las armas reales y las de la Diputación, simulando estar esculpidas. Se apoyaban sobre este plinto dos pedestales con sendos jeroglíficos en tarjas. El uno «contenía un hombre armado con peto y espaldar, en pie, con su corona en la cabeza, abrazando un escudo y en él pintadas las armas reales de España, y sobre el escudo este lema: 'Protegit et decorat'»¹⁹. El otro jeroglífico tenía pintado «un hombre armado y herido en el pecho, que en el brazo izquierdo tenía un escudo con campo de oro y las cuatro barras coloradas empezadas a pintar, pero no acabadas, y un príncipe, que mojaba los cuatro dedos de su derecha en la sangre de la herida, con este lema: 'Sanguis fulgentior auro'»²⁰. Tercera alusión iconográfica que mencionamos, pues, sobre el origen legendario del escudo catalán

¹⁸ Ibid., p. 43.

¹⁹ Ibid., p. 44.

²⁰ Ibid., p. 45.

Sobre estos dos pedestales se alzaban las peanas de sendas grandes estatuas, de 18 palmos de altura de los fundadores, también legendarios, de la ciudad de Barcelona: Hércules y Amílcar.

En el monumento coexistían los tres idiomas en los textos que acompañaban las imágenes de las ocho Virtudes o alegorías, de 12 palmos de altura: así, «Religio», «Iusticia» (sic), «Hilaritas publica» y «Spes publica» iban acompañadas de octavas en castellano; «Liberalitas» y «Aeternitas», de epigramas en latín; «Princeps iuventutis» y «Oriens Augustus», de liras en catalán. Esta coexistencia revela que la cuestión idiomática no era entonces problema.

Ni que decir tiene que el lugar de honor de tan lucido monumento estaba destinado a un retrato del rey, vestido de gala, pisando la Envidia, la Fortuna y el Tiempo: otra simbolización de un poder entendido como más que humano. Una ampulosa inscripción en latín completaba el homenaje. Como remate de la construcción campeaba San Jorge, patrón del consistorio y de todo el Principado de Cataluña, en su habitual acción de combatir el dragón, jinete en su brioso caballo.

La abundancia iconográfica de este montaje no halla correspondencia en un discurso simbólico satisfactoriamente trabado. Más bien se advierte una yuxtaposición de elementos histórico-legendarios, morales y magnificatorios, carente de hilo conductor.

Tenemos datos de muchos otros aparatos efímeros: el de los Gremios de Velluters y Velers, frente a la capilla de Marcús, enfatizando más que ninguno el símbolo solar; el de los Gremios de Capsers, Esparters y Torners; el del Gremio de Vidrieros; el de la calle de los Libreros; el del portal de los Escudellers, etc. etc.

FRONTISPICIOS ADORNADOS.

Pero no sólo se levantaron tinglados efímeros o se adornaron monumentos por obra de las corporaciones: también se requirió la participación de la iniciativa privada, ofreciéndose tres premios «a los ciudadanos que mejor adornasen los frontispicios de sus casas»²¹. Dicha participación fue notable y no la empalidece el hecho de que el primer premio se lo llevase una corporación: precisamente la Cofradía de los Sastres, a cuyo ornato de la pirámide sita en la Plaza del Angel ya nos hemos referido. No contenta con este alarde, la cofradía en cuestión engalanó también el frontispicio de su local

²¹ Ibid., p. 26.

social. Allí, bajo un dosel de brocado, aparecía un retrato de Su Majestad; bajo éste, a su vez, se había erigido un altar, con un graderío de 18 palmos de altura por 28 de longitud. A la derecha del altar volaba una representación de la Fama, de cuya trompeta salían y quedaban flotando en el aire unos versos latinos, al modo —según parece— de los «bocadillos» de nuestros actuales tebeos; con la otra mano enarbolaba la Fama la bandera de la cofradía, adornada con franjas de oro y luciendo unas ingeniosidades en latín. Pero éstas no se detenían en ello, pues la ornamentación incorporaba otros textos, entre ellos el alarde literario presentado en estos términos: «Difficillimum retrogradum semimutum orbiculare, cujus exametrum sit pentametrum et e contra. Legitur per sphaeram, vel per lineas transversas cujus initium est *Atlas*»²².

El interés que nos ofrece este frontispicio de los sastres no depende de su extremosidad literaria, sino de la incorporación simbólica del retrato real a un altar. El altar es el centro sagrado por excelencia en el culto cristiano. Pues bien, la efigie del soberano es entronizada en el lugar de honor de este centro sagrado, flanqueada de hachas y velas encendidas y en medio de una prodigalidad de magnificencias que no cede a la que luce en los templos. Se trata de un signo elocuente —que se repetirá durante este siglo XVIII con otros reyes Borbones— de la exaltación de los individuos reales en cuanto objeto de una veneración cuasi-latrútica.

El segundo premio fue ganado por José Orta, sastre, y puesto que nos consta su autoría de la decoración y los jeroglíficos, tenemos en ellos una muestra de la permeabilidad de las clases meñestrales a este género de representaciones. Uno de los jeroglíficos combinaba la presencia del dios Marte con la flor de lis y probablemente las armas de Castilla y Aragón²³. El otro representaba un sol derramando sus rayos sobre un murciélago (alusivo a la ciudad de Barcelona)²⁴. En cuanto al tercer premio, otorgado a don Francisco Tovar, colegimos que su invención era modesta y debió obedecer a razones más bien estéticas o efectistas: la representación aludía a la Virgen del Pilar y Santiago Matamoros²⁵, temas ajenos a la iconografía barcelonesa tanto como al simbolismo monárquico.

PREPARACIÓN DE UN BOSQUE ARTIFICIAL PARA LA CAZA DEL REY.

Entre los muchos afanes de las autoridades barcelonesas con motivo de estas fiestas, hay que tener en cuenta lo que supuso su ofrecimiento de un

²² Ibid., p. 67.

²³ Ibid., p. 32.

²⁴ Ibid., p. 32.

²⁵ Ibid., p. 30-31.

bosque artificial para la caza del rey en sus ratos de asueto. Nos hemos ocupado de este tema en otra ocasión²⁶, por lo que aquí solamente lo recordamos. No sin indicar que la artificialidad y la inevitable insatisfactoriedad de un «simulacro» semejante son pasadas por alto, desde luego, por los autores pro-borbónicos; pero igualmente cierran los ojos a ellas, aceptando el bosque como auténtico, los enemigos de la nueva dinastía. Así leemos en un folleto de neta militancia anti-Anjou: «Avent exit a cassar lo Duch de Anjou al bosch que se li formà junt a las murallas de Barcelona, se empenyà en seguiment de un ciervo, y travessant montanyas, serrats y collats lo perderen de vista los monTERS...»²⁷. Ello nos parece confirmar que el simbolismo del bosque para la caza del rey era patrimonio cultural común e indiscutido. Este escritor no acepta a Felipe V como rey: para él es solamente «el Duque de Anjou». Pero comparte la mentalidad generalizada que había motivado el dispendio —seguramente cuantioso— del bosque en cuestión.

Con el acto de la caza real en Barcelona y por Barcelona se sella una alianza profunda entre el personaje agasajado y la ciudad que le recibe.

EL VALOR DE LAS EXCEPCIONES.

Por supuesto, el tono general de las fiestas barcelonesas de 1701 es entusiásticamente celebrativo. Sin embargo, por esta misma razón atribuimos un valor especial a los «signos» o «síntomas» excepcionales que hemos señalado como advertencias políticas al rey recién llegado. Existía en Barcelona un sector de opinión adverso a la monarquía borbónica y mucho es que éste se manifestase de algún modo, aunque tan cauta y disimuladamente, en medio del estruendo de la bienvenida oficial. Se le sugería al joven rey que venía a ser «uno más» en una tradición gloriosa propia, en la que tendría su puesto siempre y cuando aceptase aquella herencia. Por desgracia, Felipe V ha pasado a la historia como el monarca que precisamente *no lo hizo* y en cuyo reinado brotan las incomprensiones y reticencias frente al hecho catalán que tanto daño han causado en una larga posteridad. No sólo el Principado hubo de militar abiertamente en el bando del pretendiente Carlos de Austria, sino que Felipe, en cuanto ganador de la Guerra de Sucesión, carecería de la magnanimidad propia de los grandes en ocasiones semejantes: no olvidaría lo sucedido

²⁶ Federico REVILLA, *La «caza del rey» en la simbología del siglo XVIII*, en B. S. A. A., tomo XLIII, p. 509-512, Valladolid, 1977.

²⁷ «Profecias y documents que va donar un venerable Hermità al Duch de Anjou, al perdre-se este en lo Bosch que se li feu en la Excelentissima Ciutat de Barcelona lo Any 1701. Ditas profecias se acabaran de veurer cumplertas (ab la ajuda de Deu) en est Any de 1706», Barcelona, 1706.

y mostraría un encono vindicativo que abrió un foso insalvable entre la corona y el pueblo catalán.

La perspectiva histórica de estos hechos, así como otros muchos, siempre tristes, que han prolongado los celos por ambas partes, nos hacen contemplar con melancólica estimación el atrevimiento de aquellos pocos barceloneses que, en medio del coro de loas y bendiciones— tantas veces insinceras—, intentaron formular al nuevo rey en clave simbólica unas prudentes consideraciones de tacto político.